

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

1ª lectura (Génesis 3, 9-15.20): *¿Qué es lo que has hecho?*

Salmo (97, 1bcde.2-3ab.3c-4): *«Cantad al Señor un cántico nuevo»*

2ª lectura (Efesios 1, 3-6.11-12): *Nos ha bendecido en la persona de Cristo.*

Evangelio (Lucas 1, 26-38): *Alégrate, el Señor está contigo.*

Cuando de niño, en esos grandes libros que en el colegio nos enseñaban la Historia Sagrada. Me impresionó la pregunta que Dios le formula a Adán en el paraíso, tras su desobediencia al comer del árbol. Desde entonces sé que Dios, en toda ocasión que me separo de Él por el motivo que sea, siempre me dirige la misma pregunta, ¿Dónde estás?, como creo se lo pregunta a todo ser humano.

No es una pregunta que busque la localización geográfica sino la existencial. Es una pregunta que contiene otras muchas preguntas: ¿Cuáles son tus opciones y tus motivaciones en este momento de tu vida? ¿Por qué metas vives y trabajas? ¿Cuándo y por qué dejaste de caminar y te quedaste sentado, viendo pasar la vida? ¿Qué te duele o te angustia o deseas en lo más profundo de ti? ¿Qué miedos, mentiras y ambiciones acechan ocultas en tu alma?

¿Dónde estás? Es una pregunta, no una condena. Es una pregunta que busca hacer verdad en la vida del ser humano. En el relato del Génesis Dios pregunta y Adán y Eva, como chiquillos, miran para otro lado: «la mujer que me diste por compañera...», «la serpiente me engañó y...». Nos cuesta responder sin buscar excusas o culpables. Hacer luz en la propia vida no es fácil, nos da miedo saber y que los otros sepan; y, por eso, tendemos a seguir desempeñando el rol que creemos se espera de nosotros.

Dios nos pregunta para acercarse a toda persona y entrar en diálogo con ella. Nos pregunta porque desea que amanezca el día en nuestra conciencia. Sus preguntas nos salvan. Se acerca y pregunta para ayudarnos a hacer luz, abrirnos a la verdad, abandonar la oscuridad, superar los miedos y complejos y vivir en lo que realmente somos. Dios no impone, ni condena. Camina a nuestro lado y nos pregunta como Jesús en el camino de Emaús. Él desea que nos abramos a la luz.

En Israel, una parte del pueblo seguía esperando la salvación de Yahvé, salvación que se concretaría en la llegada del Mesías. Quienes seguían confiando en la promesa de Dios eran gente sencilla, personas humildes y pobres cuya mayor riqueza era la confianza que habían depositado en Dios, en Yahvé. La Biblia nos dice que estas personas eran los Anawim, los pobres de Yahvé. María, una joven virgen, de Nazaret, era anawim. Confiaba en Yahvé y esperaba de Él la salvación.

Unas famosas palabras de santa Teresa de Jesús pueden ayudarnos a entender la fe de estos hombres y mujeres. Decía la santa: *«Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda, la paciencia todo lo alcanza, quien a Dios tiene nada le falta, solo Dios basta»*. La experiencia de los místicos, de los hombres y mujeres con experiencia de Dios, es esta: *«Quien a Dios tiene nada le falta»*. María vivía en esta mística, vivía en la espiritualidad de la confianza que le abre la puerta a Dios.

Cuando nos volvemos desconfiados tendemos a encerrarnos en nosotros mismos y trancamos la puerta que nos abre a la vida con siete llaves. Comenzamos a marcar distancias y los otros suelen convertirse en un incordio, cuando no en una amenaza. En cambio, cuando es la confianza la señora de nuestra casa, la puerta está abierta y los otros pueden visitarnos, pueden entrar, charlar, descansar. Es así como surge la amistad. En la “casa” de María reinaba la confianza, y esa confianza tenía abierta la puerta para que entraran los vecinos y para que entrara Dios. El evangelio de Lucas dice que el ángel entró donde estaba María y le dijo: *«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo»*.

Sabemos que en la vida de una persona desconfiada y cerrada “no entra ni Dios”. Por mucho que Él llame a la puerta, no se le abre. La confianza es la actitud básica de la fe. Podemos decir que la fe es tener, fundamentalmente, confianza. Lo vemos en María, que confía en la palabra dada por Dios y espera pacientemente, como el resto del pueblo pobre y sencillo, los anawim; y lo vemos en la disponibilidad que le manifiesta al ángel: *«Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra»*. María no acaba de comprender lo que está sucediendo, pero confía. Más adelante, el evangelio dirá de ella que guardaba todas estas cosas en su corazón.

María es para nosotros un ejemplo y un testimonio de confianza y de apertura a Dios, nuestro Padre. Ella, con la confianza puesta en Dios, dio a luz a Jesús e hizo posible que la primera comunidad cristiana superara la crisis de la cruz y viera también la luz. Hoy, los seguidores de su Hijo necesitamos de su compañía para aprender a confiar y para estar abiertos a Dios. Necesitamos que ella nos ayude a descubrir el rostro de Jesús, su Hijo. Necesitamos que ella nos ayude para que la vida de cada uno de los cristianos, y toda la Iglesia, seamos como una casa con las puertas abiertas a los hombres y mujeres de hoy y a Dios, que siempre desea visitarnos.